

Amistad, amor y política: relaciones afectivas y batallas ideales en la Italia de la segunda mitad del siglo XIX

Fulvio Conti

Università di Firenze

Resumen: A partir del análisis de algunos casos particulares se propone una reflexión sobre las relaciones entre la esfera pública y la esfera privada y, en especial, sobre los vínculos entre amor, amistad y política en la Italia de la segunda mitad del siglo XIX. ¿Hasta qué punto se subvierten las relaciones de género cuando la esfera de los sentimientos penetra en el mundo de la política?

Palabras clave: relaciones de género, sentimientos, política, Italia, siglo XIX.

Abstract: From the analysis of specific cases this paper proposes a reflection on the relationship between the public and the private sphere and in particular on the links between love, friendship and politics in Italy in the second half of the nineteenth century. When the sphere of feelings enters the world of politics, to what extent are gender relations subverted?

Keywords: gender relations, feelings, politics, Italy, nineteenth century.

Patria y familia

«*Amicus Plato sed magis amica veritas* (...). Nunca he unido amistad y política. Se ha registrado un cambio general, ahora Platón es mayor amigo que la verdad»¹. Con estas palabras Rossana Rossanda,

¹ ROSSANDA, R.: *La ragazza del secolo scorso*, Turín, Einaudi, 2005, p. 194. Cf. para un debate sobre esta obra: «Le memorie interroganti di Rossana Rossanda», *Passato e*

en su libro autobiográfico, nos proporciona un elocuente testimonio de los rígidos criterios que disciplinaban al militante comunista de la segunda mitad del siglo XX. Pautas morales que establecían una clara y rigurosa separación entre lo que pertenecía a la esfera pública y al compromiso político y lo que, a su vez, correspondía al ámbito de lo privado. Como es sabido, el partido comunista pretendía imponer su proyecto hegemónico sobre la sociedad italiana no sólo en el dominio político y cultural, sino también en el terreno de la ética personal, acreditando la idea de una «diversidad» moral construida sobre un sistema de valores que se traducían en una auténtica ortodoxia de los comportamientos privados. Una ortodoxia que afectaba directamente a la esfera de los sentimientos afectivos además de a las relaciones entre géneros y entre generaciones, y fijaba modelos prototípicos de militante muy definidos². Aquel que se distanciaba del arquetipo acababa siendo marginado por el partido, alejado de los amigos, señalado con la mancha indeleble de la infamia. Ésa fue, por ejemplo, la dolorosa historia de Francesca y Renzo, dos jóvenes militantes de un PCI enrocado en el estalinismo, en el Nápoles de la inmediata posguerra, que hace unos años evocó Ermanno Rea³. Incluso cuando el prestigio y la autoridad, dentro del partido, del varón involucrado —como en el caso de la relación extraconyugal entre Palmiro Togliatti y Nilde Iotti— lograba acallar una parte de las críticas, el precio pagado por ambos dirigentes en el plano de las renunciaciones personales solía ser muy elevado⁴.

En este orden de cosas resulta innegable la «ruptura» que la cultura comunista llevó a cabo respecto a la praxis más libertaria (e incluso libertina) que había caracterizado la historia del movimiento socialista y de otras vanguardias democráticas y revolucionarias hasta mediados del pasado siglo. Emblemática fue, en este sentido, la viven-

presente, 69 (2006), pp. 17-44, con la participación de Aldo Agosti, Giovanni Falaschi, Simonetta Soldani y Stuart Woolf.

² Cf. BELLASSAI, S.: «Mascolinità e relazioni di genere nella cultura politica comunista (1947-1956)», en BELLASSAI, S., y MALATESTA, M. (eds.): *Genere e mascolinità. Uno sguardo storico*, Roma, Bulzoni, 2000, pp. 265-301. Un análisis más en profundidad, en BELLASSAI, S.: *La morale comunista. Pubblico e privato nella rappresentazione del PCI (1947-1956)*, Roma, Carocci, 2000.

³ Cf. REA, E.: *Mistero napoletano. Vita e passione di un comunista negli anni della guerra fredda*, Turín, Einaudi, 1995.

⁴ Cf. TONELLI, A.: *Politica e amore. Storia dell'educazione ai sentimenti nell'Italia contemporanea*, Bologna, Il Mulino, 2003, pp. 239 y ss.

cia de la pareja Turati-Kuliscioff, de la que se dará cuenta en páginas siguientes. Vivencias que más recientemente, y en sentido diverso del anotado para el mundo comunista, se consideran como «el antecedente de un “nuevo camino” sentimental que no establecía una jerarquía entre lo público y lo privado, sino que apuntaba a una conciliación entre los dos ámbitos, como planos entrecruzados. Cómo decir —pregunta retóricamente Tonelli— que no sea la política la que pueda exigir que se sacrifiquen las razones del corazón, sino que sean los afectos los que den sustancia vital, también, a la política»⁵. Estas páginas pretenden precisamente realizar una aproximación —y plantear algunas reflexiones— sobre la relación entre amor, amistad y política a lo largo del periodo que transcurre entre mediados del siglo XIX y principios del XX.

Los interrogantes que me planteo y de los que he partido son los siguientes: ¿en qué medida el sentimiento amoroso en una relación de pareja ha influido sobre el pensamiento y la actividad política de uno o de ambos miembros? ¿Qué «contaminaciones» se han producido? ¿Ha ejercido el género masculino un papel hegemónico sobre el otro, o bien el vínculo de afecto y/o de amistad ha logrado extirpar las jerarquías tradicionales? ¿Cómo se han articulado históricamente estas relaciones a lo largo del espectro político derecha-izquierda? Y, por qué no, invirtiendo los términos, ¿ha condicionado la actividad política a las relaciones sentimentales?

Estudios recientes han puesto de manifiesto que, ya a comienzos del siglo XIX, la separación entre la esfera pública y la esfera privada era bastante menos pronunciada de lo que, en origen, estimaron los historiadores de la familia burguesa, y que sus límites, por tanto, eran relativamente permeables. En especial, la historiografía sobre el universo femenino decimonónico ha dado a conocer un gran número de mujeres que desarrollaron papeles distintos en los dos ámbitos⁶. A su

⁵ TONELLI, A.: *Política e amore...*, op. cit., p. 250.

⁶ Además de la obra ya clásica de BARBAGLI, M.: *Sotto lo stesso tetto. Mutamenti della famiglia in Italia dal XV al XX secolo*, Bologna, Il Mulino, 1984, me limito a indicar las obras de BARBAGLI, M., y KERTZER, D. I. (eds.): *Storia della famiglia in Europa: Il lungo Ottocento*, vol. 2, Roma-Bari, Laterza, 2003; GINSBORG, P., y PORCIANI, I. (eds.): *Famiglia, società civile e Stato tra Otto e Novecento*, número especial de *Passato e presente*, 57 (2002); WILSON, W. (ed.): *Gender, Family and Sexuality. The Private Sphere in Italy, 1860-1945*, Nueva York, Palgrave-Macmillan, 2004, y PORCIANI, I. (ed.): *Famiglia e nazione nel lungo Risorgimento. Modelli, strategie, reti di relazioni*, Roma, Viella, 2006.

vez, aunque todavía en fase inicial, la historia de los hombres ha puestode de manifiesto una análoga complejidad⁷. En el imaginario del *Risorgimento* se ha advertido: «amor romántico y amor patriótico se superponen (...) Impulsos de rebeldía animan una y otra pasión: contra las convenciones de los matrimonios concertados y hacia la plenitud del *amor pasión*; contra todo aquello que impide u obstaculiza la vida de la nación»⁸. En realidad, la materialización de este impulso sentimental que aspiraba a aunar el amor patriótico y el amor privado se mostró más bien complicada y de ardua implementación. La necesidad de lo que Roberto Bizzocchi ha denominado «remasculinización guerrera de los hombres humillados por el dominio extranjero» requería, de hecho, «una redefinición clara de las respectivas tareas de ambos sexos y una afirmación explícita de la responsabilidad de la familia en la defensa del honor de la nación»⁹. En consonancia con ello surgió una nueva moral del matrimonio y de la familia que excluyó a las mujeres de los ámbitos de actuación masculinos y les asignó un papel pasivo y subalterno: apoyo a los heroicos combatientes por el honor de la nación; esposas virtuosas y fieles, dedicadas a la educación de los hijos a los que habían de transmitir el sagrado amor a la patria. No por casualidad durante la primera fase de la epopeya *risorgimental*, la figura que mejor encarnó el modelo paradigmático de la perfecta esposa del patriota fue Teresa Casati, la angelical criatura que tras la detención y encarcelamiento en la fortaleza Spielberg de su marido, Federico Confalonieri, dedicó todas sus energías a salvar a su amado. Consumida por el dolor, murió prematuramente en 1830 y

⁷ Cf. McLAREN, A.: *The Trials of Masculinity. Policing Sexual Boundaries 1870-1930*, Chicago, University of Chicago Press, 1997, y TOSH, J.: *A Man's Place. Masculinity and the Middle-Class Home in Victorian England*, New Haven, Yale University Press, 1999.

⁸ BANTI, A. M., y GINSBORG, P.: «Per una nuova storia del Risorgimento», en *Storia d'Italia. Annali 22. Il Risorgimento*, Turín, Einaudi, 2007, p. XXXI. Sobre la difusión de este modelo en la Europa de principios del siglo XX, ha llamado la atención el trabajo de BANTI, A. M.: *L'onore della nazione. Identità sessuali e violenza nel nazionalismo europeo dal XVIII secolo alla Grande Guerra*, Turín, Einaudi, 2005. Del mismo autor también puede consultarse *La nazione del Risorgimento. Parentela, santità e onore alle origini dell'Italia unita*, Turín, Einaudi, 2000.

⁹ BIZZOCCHI, R.: «Una nuova morale per la donna e la famiglia», en BANTI, A. M., y GINSBORG, P.: *Storia d'Italia...*, *op. cit.*, p. 86. Sobre estos aspectos, cf. PATRIARCA, S.: «Indolence and Regeneration: Tropes and Tensions of Risorgimento Patriotism», *The American Historical Review*, 110 (2005), pp. 380-408.

muy pronto fue objeto de un «recuerdo sacralizado», hasta el punto de que Atto Vannucci la ensalzó como ejemplo de virtud pública y privada en la primera edición de su libro *Martiri della libertà italiana nel secolo decimonono*, publicado en Florencia en 1848¹⁰.

En suma, como han observado Alberto Mario Banti y Paul Ginsborg en la introducción al reciente anuario *inaudiano* sobre el *Risorgimento*, para aquella generación de patriotas que llegó a la edad adulta bajo la Restauración y que conoció, más que ninguna otra, la influencia del Romanticismo, «las más importantes jerarquías de parentesco» fueron «*relaciones horizontales y fraternales entre hombres*, reunidos bajo el nombre de un ideal»¹¹. Precisamente, las ineludibles exigencias de este ideal junto a la búsqueda de la autoafirmación individual se convirtieron en un formidable obstáculo para la formación de familias tradicionales y, en muchos casos, llevaron al abandono de las mismas.

«El amor de las épocas de creencia, el amor que temple el ánimo para grandes hazañas»

Puede afirmarse que, desde este punto de vista, en el periodo revolucionario del trienio 1847-1849 se produjo un giro decisivo. Como ha puesto de manifiesto Simonetta Soldani, en aquellos años se produjo una consistente participación de las mujeres en el movimiento *risorgimental*. Una intervención que se caracterizó, al menos en su fase inicial, por una acusada inspiración religiosa y *giobertiana* y que, en un segundo momento, después del estallido de la guerra, adoptó las más diversas modalidades de participación y movilización¹². Las mujeres escribieron poesías y artículos en los que ensalzaban las gestas heroicas de los patriotas, promovieron suscripciones y colectas para comprar armas y ropas para los combatientes, abrieron centros de asistencia y hospitales improvisados para socorrer a los heridos. En estos lugares, tanto como en las barricadas, nacieron historias de amor, se entablaron relaciones de afecto y amistad que sobrevivieron

¹⁰ Cf. BIZZOCCHI, R.: «Una nuova morale...», *op. cit.*, pp. 90-92.

¹¹ BANTI, A. M., y GINSBORG, P.: «Per una nuova storia del Risorgimento...», *op. cit.*, p. XXXVIII.

¹² Cf. SOLDANI, S.: «Il Risorgimento delle donne», en BANTI, A. M., y GINSBORG, P.: *Storia d'Italia...*, *op. cit.*, en especial pp. 209-224.

a la experiencia bélica y, en algunos casos, superado el impacto emocional del momento, se tradujeron en relaciones estables de pareja, en las que sus miembros —hombres y mujeres— se influenciaron recíprocamente y compartieron un camino de progreso personal que fue, al mismo tiempo, sentimental y político.

Así sucedió, por ejemplo, en el caso del futuro garibaldino Giuseppe La Masa y Felicita Bevilacqua. Ella era hija de una condesa de Verona, Carolina, que después de haber participado de manera activa en la insurrección de Brescia, en 1848, apoyó a la República de Venecia al año siguiente. El entusiasmo patriótico había llevado a la condesa a ceder sus palacios a los insurgentes y a abrir hospitales y centros de acogida para los heridos. Felicita, prometida a Giuseppe en 1845, dirigió el hospital fundado por su madre y, una vez concluida la guerra, siguió trabajando para la causa nacional. En nombre de la causa, precisamente, aceptó con agrado la petición de su prometido, también jovencísimo, de retrasar algunos años el matrimonio (que sólo pudo celebrarse en 1858): ambos debían dedicarse por entero a la patria¹³. Es éste un ejemplo significativo, pero no aislado, de la mezcla entre lo público y lo privado que desencadenó el inicio del proceso *risorgimental* y, al mismo tiempo, también, de una elección vital que anticipaba una nueva manera de entender la relación entre los géneros y el movimiento nacional. Una opción que comenzaba a otorgar al universo femenino un papel más participativo y consciente.

Este cambio, por lo demás, ya había sido anunciado por otra famosa y atormentada historia de amor, la de Carlo Pisacane y Enrichetta Di Lorenzo. A los veintisiete años Enrichetta huyó de Nápoles abandonando a su marido y a sus tres hijos para seguir al hombre que amaba. Durante los diez años que vivieron juntos, hasta el trágico final de Sapri, los dos vivieron experiencias extraordinarias que transformaron de forma radical su modo de pensar y de actuar. Como ha reconocido de manera unánime la historiografía, la pasión por Enrichetta tuvo una

¹³ Sobre la vicisitud humana y política de Felicita Bevilacqua, cf. SODINI, E.: «Una genealogia al femminile: Carolina Santi e Felicita Bevilacqua», *Venetica*, 9 (2004), pp. 39-44; íd.: «Il fondo Bevilacqua: un itinerario tra famiglia, patriottismo femminile ed emancipazione», en GUIDI, L.: *Scritture femminili e Storia*, Nápoles, Cliopress, 2004, pp. 331-350, e íd.: «Il buon nome della famiglia e l'amore per la patria: Felicita Bevilacqua e la lotteria patriottica», en PORCIANI, I. (ed.): *Famiglia e nazione...*, op. cit., pp. 107-129. Cf., además, *Felicita Bevilacqua La Masa: una donna, un'istituzione, una città*, Venecia, Marsilio, 2005.

influencia determinante en la elección ideológica y política de Pisacane. «Si admitiésemos el método contrafactual —ha observado Aldo Romano— incluso podría ser lícito preguntarse qué rumbo habría seguido el hijo de los duques de S. Giovanni, el cadete, brillante oficial de ingenieros, si no hubiese encontrado en su camino a la mujer que trastornó su existencia y lo impulsó a huir, arrojando al suelo el uniforme de un ejército al que siempre había servido fielmente»¹⁴.

Exiliados en Londres, en París, en Marsella; activos protagonistas de la primera guerra de independencia y de la República romana (Enrichetta organizó la asistencia a los heridos junto a Cristina Trivulzio de Belgioioso); obligados luego a afincarse en Suiza, más tarde, de nuevo, en Londres y, finalmente, en Génova, Carlo y Enrichetta tuvieron ocasión de frecuentar los círculos patrióticos e intelectuales. Ese peregrinar, en compañía, abrió sus mentes a nuevos horizontes. Como evidencian sus escritos, su correspondencia y algunos testimonios coetáneos, también en este caso se trató de un proyecto de búsqueda común en el que el vínculo sentimental nunca avanzó de manera separada a la indagación, algunas veces también crítica y dialéctica, de principios e ideales. El propio Mazzini, en un homenaje a Pisacane publicado en 1858, escribió:

«A partir de 1847 la mujer de su vida lo seguía y envolvía su incierta existencia de extremado cariño. Es una historia de amor que revelaría, si yo la contase, cómo a la energía indómita que mostró Pisacane se unió una especial capacidad de afecto y un sentimiento delicado, poco frecuente, que honraría su alma. Pero no me siento con el derecho de levantar el velo que casi siempre debe separar lo colectivo del santuario de la vida individual. Sólo diré que aquel amor, gracias a las nobles aspiraciones de la mujer, nunca restó ánimos al amigo, nunca se opuso al cumplimiento de sus deberes y, por el contrario, le alentaba con alegría a cumplirlos. Era el amor de las épocas de creencia, el amor que templea el ánimo para las grandes hazañas»¹⁵.

¹⁴ ROMANO, A.: «Nuove ricerche sulla vita sentimentale di Carlo Pisacane», *Rassegna storica del Risorgimento*, 1 (1933), p. 91. Según la biografía más reciente y ajustada de Pisacane, la historia de amor con Enrichetta, «aunque no pueda erigirse como la clave (exclusiva), es la piedra millar del itinerario intelectual (también ideológico) del revolucionario» (RUSSI, L.: *Carlo Pisacane. Vita e pensiero di un rivoluzionario*, Milán, Il Saggiatore, 1982, p. 59).

¹⁵ El fragmento, extraído de un escrito publicado en *Italia del Popolo* los días 2-7 de mayo de 1858, ha sido reproducido por GUIDI, L.: «Relazioni epistolari di Enrichetta di Lorenzo», en *id.*: *Scritture femminili e Storia...*, *op. cit.*, pp. 243-244. De la

La trayectoria vital de Enrichetta, a su vez, también nos proporciona un ejemplo significativo de la maduración de un proyecto emancipador que, ante todo, se materializa en la reivindicación del derecho a un matrimonio por amor y en el rechazo al compromiso concertado por la familia. Éste pasa a ser estimado como una suerte de camino hacia una forma, no menos indigna, de prostitución. Bajo la influencia de las obras de George Sand, al que Enrichetta califica como «el primer autor moderno», y a partir de la relación con pensadores revolucionarios como Blanc, Mazzini o Cattaneo, llegó a concebir su aspiración a la libertad de los sentimientos y a la búsqueda individual de la libertad como una especie de ley natural que ninguna anticuada tradición podía conculcar. Aunque con grandes dosis de desconsuelo, no dudó en relegar el amor que sentía por sus hijos a esta irrenunciable exigencia. La opción personal provocó el escándalo y la reprobación incluso en los círculos progresistas, en los que si algo se valoraba era el ejemplo de Giuditta Sidoli que, en 1833 —viuda desde hacía ya algunos años—, había abandonado a su amado Mazzini en Marsella para regresar a Italia y reconciliarse con sus hijos. La fama de adúltera (en 1850 tuvo una fugaz relación con Enrico Cosenz, que hizo tambalear su relación con Pisacane), de rebelde y de cualquier otra cosa menos de buena madre acompañó a Enriqueta incluso después de 1860, cuando regresó a Nápoles con la única hija habida de su relación con Pisacane, Silvia, que sería adoptada por Giovanni Nicotera (del que se rumoreó que había sido amante) y a la que Garibaldi dotó con una pensión. De otro lado, la creciente participación femenina en el movimiento *risorgimental* provocó que el carácter transgresor de las relaciones sentimentales comenzara a ser fenómeno recurrente en las biografías de sus protagonistas. Laura Guidi afirma que:

«La relación entre Garibaldi y Anita se inicia, como es conocido, con un adulterio. También Rosolino Pilo, exiliado en Génova, vive con una mujer que ha abandonado a su marido y que le dio un hijo. De Sanctis, tanto en Turín como en Zurich, mantiene relaciones sentimentales “libres”. La militancia patriótica femenina —fruto de una elección autónoma— provoca la

misma autora véase, también, «Nuove coppie. Carlo Pisacane ed Enrichetta Di Lorenzo», en ISNENGI, M., y CECCHINATO, E. (eds.): *Gli Italiani in guerra. Conflicti, identità, memorie dal Risorgimento ai nostri giorni. Fare l'Italia. Unità e disunità nel Risorgimento*, vol. 1, Turín, Utet, 2008, pp. 334-341.

crisis conyugal de la napolitana Giulia Caracciolo Cigala, tanto como de la lombarda Laura Solera Mantegazza»¹⁶.

En cualquier caso, después de la Unificación, Enrichetta se mantuvo fiel a los ideales democráticos adquiridos en el periodo que pasó junto a su compañero y, aunque alejada de la lucha activa, nunca dejó de apoyar al movimiento garibaldino¹⁷. Actitud que viene a confirmar la profunda marca que había dejado en ella el binomio amor romántico-amor patriótico, la constante pasión por las luchas políticas, aquellas que había comenzado a combatir al tiempo que agrandaba su amor por Carlo.

Amores al otro lado del Canal

La línea de continuidad entre la esfera afectiva y el ámbito de lo público se hizo particularmente evidente en otras dos parejas del mundo democrático que se forjaron en los años cincuenta y tuvieron numerosos puntos de contacto entre sí. La relación unió a dos patriotas italianos, Aurelio Saffi y Alberto Mario, y a dos mujeres inglesas, Giorgina Craufurd y Jessie White, ambas simpatizantes de la causa *risorgimental* y consagradas al movimiento de la emancipación de la mujer. Saffi conoció a Giorgina en el año 1851 en Londres, donde se había refugiado tras la caída de la República romana, y poco tiempo después de su primer encuentro, el mismo Saffi afirmó, en una carta escrita a Giorgina, el inextricable nexo que desde el comienzo de su relación se había establecido entre la pasión amorosa y el sentimiento patriótico: «El amor a Italia y el pensamiento compartido sobre su destino futuro —le escribe— fueron los primeros vínculos de nuestra amistad. Sin embargo, la imagen de la patria y la tuya están indisolublemente unidas en mi corazón»¹⁸.

A partir de ese momento, Giorgina (casada con Aurelio en 1857) compartió su experiencia vital con el que se había convertido en el principal heredero de Mazzini y consagró, ella misma, su existencia a

¹⁶ GUIDI, L.: «Donne e uomini del Sud sulle vie dell'esilio. 1848-1860», en BANTI, A. M., y GINSBORG, P.: *Storia d'Italia...*, *op. cit.*, p. 240.

¹⁷ Cf. GUIDI, L.: «Relazioni epistolari...», *op. cit.*, pp. 240-242.

¹⁸ La carta, de 1852, se cita en BONSANTI, M.: «Amore familiare, amore romantico e amor di patria», en BANTI, A. M., y GINSBORG, P.: *Storia d'Italia...*, *op. cit.*, pp. 146-147.

la difusión del pensamiento *mazziniano*, desarrollando un importante papel en la lucha contra la prostitución y a favor del mutualismo y la emancipación femenina. Extremadamente impregnados del sentido del deber *mazziniano* y convencidos de la necesidad de realizar una obra pedagógica tanto en el plano ético como en el político, convirtieron su vida matrimonial y familiar, «el sagrado recinto de los afectos», en un tiempo de «misión» y de «testimonio». De hecho, para los Saffi, la familia representaba el ámbito de los afectos primarios y, al mismo tiempo, el espacio donde debía producirse «un compartir pleno, profundo del sentido moral y del credo político»¹⁹. Y de todo ello dieron cumplidas pruebas al lograr «una extraordinaria comunión de sentimientos, de reflexiones, de ideales, que encontró su máxima expresión en la identificación entre amor y «misión» *mazzinianamente* entendida, es decir, en un especial entrelazamiento de motivos políticos y religiosos»²⁰.

Alberto Mario y Jessie White se conocieron en junio de 1857 en Génova, en el ambiente de euforia y efervescencia que precedió al viaje de Pisacane, fraternal amigo de ambos, a Sapri, y mientras ultimaban los preparativos para la insurrección de la ciudad inspirada por Mazzini. Ella, que entonces tenía veinticinco años, ya era una ferviente *mazziniana*²¹; él, con treinta y dos, exiliado en Génova desde 1849, después de una inicial adhesión a los ideales *giobertianos* se había aproximado a las tesis democrático-republicanas. Alberto, que Mazzini había descrito a Jessie como «patriota valiente, culto y un poco escéptico»²², intentó introducirla en la cultura clásica italiana y le hizo leer a Aleardo Aleardi, del que estaba editando la publicación

¹⁹ GAZZETTA, L.: *Giorgina Saffi. Contributo alla storia del mazzinianesimo femminile*, Milán, FrancoAngeli, 2003, p. 84.

²⁰ BONSANTI, M.: «Amore familiare...», *op. cit.*, p. 148.

²¹ Cf. DANIELS, E. A.: *Posseduta dall'Angelo. Jessie White Mario la rivoluzionaria del Risorgimento*, Milán, Mursia, 1977, y CERTINI, R.: *Jessie White Mario, una giornalista educatrice tra liberismo inglese e democrazia italiana*, Florencia, Le Lettere, 1998.

²² MARIO, J. W.: «Della vita di Alberto Mario», en MARIO, A.: *Scritti scelti e curati da Giosue Carducci*, Bolonia, Zanichelli, 1884. El texto de Jessie White ha sido reproducido íntegramente en BAGATIN, P. L.: *Tra Risorgimento e Nuova Italia. Alberto Mario, un repubblicano federalista*, Florencia, Centro Editoriale Toscano, 2000, p. 428 (de donde proceden las citas anteriores). Para una lectura crítica de la obra de Jessie White, Cf. BIAGIANTI, I.: «Jessie White, biografa di Alberto Mario», en *Alberto Mario nel I centenario della morte. Atti del Convegno nazionale di studi* (Lendinara, 2-3 giugno 1983), Lendinara, Tipografia Litografia Lendinarese, 1984, pp. 81-98.

como apéndice de la «Italia del popolo». Jessie, en aquellos momentos de exaltación patriótica, rechazó la invitación de visitar palacios y galerías de arte y, en cambio, mostró su deseo de conocer algunos de aquellos «lugares de la memoria» que estaban contribuyendo a forjar la identidad italiana: el «sasso» de Balilla²³; la prisión de Jacopo Ruffini; la tumba de la madre de Mazzini, en Staglieno; la casucha donde se había refugiado Garibaldi, disfrazado de campesino, después de la fallida expedición de Saboya...

El amor surgió rápidamente en el verano de 1857 y se alimentó de la densa relación epistolar que mantuvieron mientras ambos se encontraban reclusos en las cárceles de Génova. Alberto la introdujo en la lectura de Dante y le trazó, a lo largo de veinte largas cartas, un bosquejo de la historia de Italia que también dio lugar a un intercambio de ironías sobre la supremacía del ingenio italiano sobre el inglés, contra el que se rebeló la «fiera isleña». Pero Mario, consciente de las tristes condiciones que atravesaba la península, no logró asumir las observaciones de Jessie sobre la superioridad del liberalismo y le escribió: «Quisiera que toda Italia fuese libre como Inglaterra y te regalaría cuadruplicada la excelencia y la superioridad del ingenio italiano»²⁴. Sin embargo, poco después, a medida que aumentaba su amor por Jessie, Alberto dio muestras de hallarse celoso de Mazzini, por quien ella sentía una auténtica veneración. Jessie le aclaró entonces la distinta naturaleza de sus sentimientos y Alberto, aliviado, escribe:

«Clavaste una espina en mi corazón. Dudaba que el homenaje a su ingenio, la reverencia a sus virtudes, la fascinación por su vida íntima, pudiera ejercer sobre ti una autoridad ilimitada y, paralizando tu capacidad de juzgar y discernir, pudieras pensar de manera autónoma y actuaras bajo su influencia como una persona hipnotizada (...) Temía que este entusiasmo te absorbiera tanto que para ti fuera fuente de luz, del movimiento y del sentido, y que el libre examen hubiera quedado inmolado al principio de autoridad. Eso era una espina. La independencia de juicio y de actuación es el fundamento principal de la propia individualidad, la fuente de la misma y de otras consideraciones: y la integridad de tu individualidad en esta relación, y en

²³ Balilla es el apodo atribuido por la tradición popular al niño que, en diciembre de 1746, dio comienzo a la revuelta de Génova contra los austriacos al arrojar una piedra a un oficial enemigo. Sobre el mito del Balilla en la Italia del siglo XIX y luego en la fascista, Cf. OLIVA, G.: «Balilla», en ISNENGI, M. (coord.): *I luoghi della memoria. Simboli e miti dell'Italia unita*, Roma-Bari, Laterza, 1996, pp. 391-401.

²⁴ MARIO, J. W.: «Della vita di Alberto Mario», *op. cit.*, p. 438.

tantas otras cosas, está en mi corazón como la mía propia: no te quería manipulable ni siquiera por mí, si no inducida por la persuasión; y sabiendo que no serás manipulable por otros te amo más»²⁵.

Este intercambio epistolar aclaró de manera definitiva el papel que el amor y la política tenían en su relación. Y Jessie lo describió muy bien en una página de la biografía que escribió de quien, poco después, se convirtió en su marido:

«Tomé una resolución a la que me he atenido siempre sin arrepentirme de ello: y fue que nunca intentaría prevalecer sobre su ánimo ni por afecto ni por consejos, dejarle una absoluta independencia preservando celosamente la mía. Y hoy releo con triste satisfacción aquel párrafo en su último trabajo impreso, donde rebate la calumnia de que se hizo mazziniano porque yo lo era: “La señorita White, convertida en señora Mario, continuó en el culto del unitarismo y del idealismo de Mazzini; yo permanecí fiel al federalismo y al positivismo de Cattaneo, y de esta diversidad de pensamientos y estudios, florecida sobre la mismidad de los afectos y de los ideales, nació una armonía que dura ya veinticinco años». Es un error creer una victoria el imperio sobre la inteligencia de los otros. (...) Muchas amistades se agostan y muchos matrimonios son infelices por la falta de este elemental respeto a la recíproca libertad, que no impide, sin embargo, la libre discusión y la prueba leal de persuadir a otros de las propias opiniones»²⁶.

En diciembre de 1857, apenas liberados, Jessie y Alberto se trasladaron a Inglaterra, a Portsmouth, donde se unieron en matrimonio civil: era la primera vez que alguien se casaba con esta fórmula en la familia de la periodista inglesa. El día de la boda llegó una carta de felicitación de Mazzini en la que les explicaba sus ideas sobre el matrimonio y, ante todo, recomendaba a la pareja que no se recluyera en una exclusiva y excluyente dimensión privada, que no sacrificasen su acreditado interés por la colectividad y por la patria. Escribió Mazzini:

«Considero el matrimonio como un hecho social, como uno de los pocos donde la iniciativa individual debe ser sancionada y bendecida por la sociedad, como el bautismo (transformado) y la sepultura. Mi bendición, pobre como es, os doy a los dos de todo corazón, si prometéis no convertir el matri-

²⁵ *Ibid.*, p. 443.

²⁶ *Ibid.*, pp. 444-445.

monio en *de l'egoïsme à deux*, si prometéis ayudarnos recíprocamente en vuestro trabajo mejor de lo que lo hacéis ahora, si os empeñáis en convertir vuestro hogar en un altar para la patria, para la humanidad, para el derecho, para el deber, para la verdad, para la justicia»²⁷.

En realidad, esto fue precisamente lo que sucedió. Su vida de pareja estuvo presidida por la común actividad política en las filas del movimiento democrático; compartieron luchas, ideales y amistades, y entre ellos se produjo una intensa y recíproca «contaminación», mayor de lo que hubiera podido suponerse de la reivindicación de autonomía y libertad en las cartas que se intercambiaron en 1857. Quizás fuera Alberto el sometido a una mayor influencia, puesto que a través de Jessie entró en contacto con la cultura, las instituciones, el estilo de vida inglés y americano, que lo transformó radicalmente, convirtiéndose en uno de los pocos demócratas italianos que, sin renegar nunca de su fe republicana, mantuvo vivas simpatías hacia la tradición política británica y su pragmatismo reformista y hacia el modelo de democracia participativa, propio de la realidad norteamericana²⁸. Además, él mismo, en el balance que hizo sobre su vida en 1877, reconoció abiertamente la contribución de su mujer a su evolución política. De hecho, escribió:

«Tuve en ella un ejemplo constante de lealtad, de probidad, de coraje, de devoción, de trabajo. Ella me enseñó lo que era el sentido del deber en la práctica de la vida cotidiana. Ella modificó profundamente mi educación política y literaria, deshojándola de la exuberancia retórica, requiriéndome que observara la realidad e iniciándome en los secretos del pensamiento inglés: un mundo nuevo para mí, que navegaba plácidamente en el lago del idealismo hegeliano»²⁹.

²⁷ *Ibid.*, p. 447.

²⁸ En 1858, Alberto y Jessie realizaron un largo viaje a Estados Unidos. Entre 1866 y 1906, White fue corresponsal en Italia del semanal neoyorkino *The Nation*, una revista de inspiración liberal-democrática fundada en 1865. Cf. BIAGIANTI, I. (coord.): *La «Nuova Italia» nelle corrispondenze americane di Jessie White Mario (1866-1906)*, Florencia, Centro Editoriale Toscano, 1999.

²⁹ MARIO, A.: «Al doctor Veritas», *L'Illustrazione italiana*, 24 de junio de 1877. Sobre la relación entre Jessie y Alberto, véase CECCHINATO, E.: «Guardarsi allo specchio. L'Italia di Jessie White e Alberto Mario», en ISNENGI, M., y CECCHINATO, E. (eds.): *Gli Italiani in guerra...*, *op. cit.*, pp. 405-418.

Del patriotismo femenino a las luchas emancipadoras

La influencia de Jessie White también se hizo evidente a la hora de despertar en Alberto la sensibilidad hacia el tema de la emancipación de la mujer. De dicha comprensión se encuentran unos primeros indicios en una serie de conferencias sobre las italianas que pronunció a finales de 1857, apenas llegado a Inglaterra, y que aparecieron en el *Woman's Journal*. Por lo demás, como ha escrito Franca Pieroni Bortolotti, Jessie fue, junto a Giulia Calame (la mujer de Gustavo Modena) y Giorgina Craufurd Saffi, una de «aquellas extranjeras, casadas con patriotas italianos, que nos mostraron el ejemplo vivificante de un nuevo tipo de mujer, responsable y enérgica»³⁰. Y la estudiosa del movimiento feminista italiano añade, junto a estas figuras, a algunas mujeres de la Lombardía, que «desarrollaron un papel similar, por proximidad de condiciones y de mentalidad»³¹.

La cita nos conduce de manera automática a Anna Maria Mozzoni que, entre otras cosas, contribuyó de manera determinante a suscitar el interés por la cuestión feminista en personalidades de diversa orientación política, como Agostino Bertani, Filippo Turati y Costantino Lazzari, con los que mantuvo intensas relaciones de amistad y de afecto. Examinemos, por ejemplo, algunas etapas «públicas» de su relación con Bertani. En 1877 ambos participaron en el Congreso de Ginebra de la Federación Británica, asociación internacional fundada en Inglaterra por iniciativa de Josephine Butler para conseguir del Estado la abolición de la prostitución y que constituyó la «primera gran movilización de carácter político-cultural que conoció nuestro país después de la unificación»³². Mozzoni participó en los trabajos de la Comisión Legislativa y Bertani en la de Higiene, junto a Jessie White Mario. Juntos asistieron después al Congreso Feminista de París de 1878 y al de

³⁰ PIERONI BORTOLOTTI, F.: *Alle origini del movimento femminile in Italia, 1848-1892*, Turín, Einaudi, 1963, p. 36.

³¹ *Ibid.*

³² GAZZETTA, L.: *Giorgina Saffi...*, op. cit., p. 100. Cf. MACRELLI, R.: *L'indegna schiavitù. Annamaria Mozzoni e la lotta contro la prostituzione di Stato*, Roma, Editori Riuniti, 1981, y GIBSON, M.: *Prostitution and the State in Italy, 1860-1915*, Londres, New Brunswick, 1986. Sobre las actividades de Mozzoni resulta fundamental la recopilación de sus escritos a cargo de Pieroni Bortolotti. Véase PIERONI BORTOLOTTI, F. (coord.): *La liberazione della donna*, Milán, Mazzotta, 1975.

Higiene de 1881, en el que también intervino Ottorino Lazzari, hermano de Costantino. También en 1881, Bertani presidió la Magna Asamblea, el «*comizio dei comizi*» de Roma, sobre el sufragio universal y desempeñó un papel decisivo en la aprobación del orden del día propuesto por Mozzoni sobre la ampliación del voto a las mujeres.

Franca Pieroni Bortolotti recuerda que, después de la muerte de Salvatore Morelli, fue Bertani, junto a Giuseppe Marcora y Tullo Massarani, quien continuó la labor emancipadora en el Parlamento, luchando por la introducción del divorcio en la legislación, por el acceso de las mujeres al ejercicio de las profesiones liberales y por la concesión del derecho de voto (en un periodo en el que también en las filas de la democracia radical existía un sólido componente antisufragista)³³. Rememora, asimismo, su intervención parlamentaria del año 1884 en defensa de la protestante valdese Lydia Poët, licenciada en leyes, a la que el colegio de abogados de Turín había negado la inscripción. Algo similar a lo que tuvo que hacer Filippo Turati, entre 1886 y 1887, cuando el Hospital Mayor de Milán prohibió a Anna Kuliscioff, licenciada en Pavía, asistir a la clínica³⁴.

Agostino Bertani invitó, además, a Mozzoni y a Jessie White a colaborar en la investigación sobre las condiciones sanitarias de los campesinos, en el marco de la Investigación Agraria Jacini que dirigía. Jessie, en concreto, llevó a cabo las encuestas en las regiones de Polesina y Padua, en la provincia de Venecia, Ferrarese y la isla de Elba, y acompañó a Bertani en su recorrido por el Agro Romano, entre otros³⁵. Anna Maria Mozzoni, por su parte, sugirió a Bertani que incluyera en su grupo a Turati y a Lazzari, que dejó escrito en sus memorias que su interés por la cuestión social se había forjado precisamente en los días de la investigación agraria. Mozzoni visitó, junto a Bertani, la isla de Elba y pasó algunos días en Castiglioncello, en la casa hospital de Diego Martelli, el crítico de arte amigo de los *macchiaioli*, radical y *bohémien*, que convivía desde hacía ya algún tiempo *more uxorio* con Teresa, una ex prostituta³⁶.

³³ PIERONI BORTOLOTTI, F.: *Alle origini del movimento femminile...*, op. cit., p. 171.

³⁴ *Ibid.*, pp. 122-123.

³⁵ Cf. MARIO, J. W.: *Agostino Bertani e i suoi tempi*, vol. 2, Florencia, Barbèra, 1888, p. 380, y BIAGIANI, I.: «Bertani e l'Inchiesta agraria», *Bollettino della Domus Mazziniana*, 34-1 (1988), pp. 23-45.

³⁶ Para un perfil de Diego Martelli, cf. CONTI, F.: *I notabili e la macchina della poli-*

Costantino Lazzari, Filippo Turati y Anna Kuliscioff, Agostino Bertani y Anna Maria Mozzoni, Alberto y Jessie White Mario, Diego y Teresa Martelli, Giorgina Craufurd y Aurelio Saffi: toda una generación que vivió la relación de pareja y los lazos de amistad de una manera nueva, en la que se entremezclaba la dimensión afectiva con la de la militancia política y las luchas por los ideales. A través de las relaciones de amor y de amistad se fue configurando un círculo de hombres y mujeres de la izquierda democrática y socialista que, terminado el periodo del patriotismo *risorgimental*, descubrió el afán común por el progreso de la Nación y por la emancipación de las clases sociales más débiles y marginadas. Que eligió luchar por una Italia más cívica y moderna, donde hombres y mujeres, padres e hijos, pudiesen vivir en condiciones de igualdad social y jurídica, unidos por un respeto mutuo pero también, más en profundidad, por la espontánea asunción de los mismos ideales y modelos de vida.

Esta imbricación entre relaciones amistosas y afectivas confirma, además, el carácter *plural* de la izquierda italiana en la segunda mitad del siglo XIX. Republicanos, radicales, socialistas, anarquistas e incluso liberales de izquierda —hombres y mujeres— se conocieron, se amaron, se emparejaron también más allá de la esfera política, tomaron parte juntos en conferencias y congresos en Italia y en el extranjero. En el exilio, y también en todas y cada una de las iniciativas públicas dentro y fuera de las fronteras nacionales, la presencia femenina (mujer, compañera, amiga, militante) siempre fue contemplada y condicionó las dinámicas del grupo. Se formó así un *milieu* heterogéneo y políticamente fragmentado que, no obstante, logró recomponer en la esfera privada las fracturas abiertas en las contiendas políticas. Y esto sucedió al menos hasta que, al finalizar el siglo y con el nacimiento de los partidos modernos, se produjeron segmentaciones más rígidas y cesuras más difíciles de remendar.

Amor y anarquía

Ya se ha mencionado a Filippo Turati y Anna Kuliscioff, cuya extraordinaria historia de amor y política es demasiado conocida

tica. Politicizzazione e trasformismo fra Toscana e Romagna nell'età liberale, Manduria-Bari-Roma, Lacaita, 1994, y DINI, F., y DINI, P.: *Diego Martelli. Storia di un uomo e di un'epoca*, Turín, Allemandi, 1996.

como para volver sobre ella en estas páginas³⁷. Conviene recordar, no obstante, que antes de estrechar su relación con Turati —a quien conoció en 1884 gracias a la iniciativa de Anna Maria Mozzoni de organizar una colecta para los detenidos en las prisiones zaristas— Kuliscioff mantuvo una breve pero intensa historia de amor con Andrea Costa, con quien tuvo una hija, Andreina, nacida en 1881. Y a modo de inciso es preciso subrayar que la relación fracasó precisamente por la incapacidad del socialista de la Romagna a la hora de aplicar en la esfera privada los principios laicos, progresistas y radicalmente innovadores que predicaba en la esfera pública. A pesar de que aceptó separarse de su primera mujer, Violetta Dall'Alpi, con la que había tenido un hijo, para vivir con Anna, permaneció aferrado a una visión tradicional de la familia e intentó imponer a su nueva compañera una vida doméstica «normal», no muy alejada —desde una perspectiva ético-social y de equilibrio de géneros— de los cánones más conservadores³⁸.

Kuliscioff había conocido a Costa en Lugano, en el año 1877, en la casa de una pareja de socialistas libertarios de la Romagna, Francesco Pezzi y Luisa (Gigia) Minguzzi, que habían huido de Suiza para evitar su detención tras el motín del Matese. A ellos y a su historia de «amor y anarquía» ha dedicado un libro Claudia Bassi Angelini, que nos proporciona algunos puntos de reflexión interesantes³⁹. Nacidos los dos en Rávena (él en 1849 y ella en 1852), se adentraron siendo muy jóvenes en la política, dentro de las filas del internacionalismo anarquista. En 1873, Luisa fundó en su ciudad natal un círculo libertario femenino y, tres años más tarde, fue una de las promotoras de la

³⁷ Conviene remitir, especialmente, a TURATI, F., y KULISCIOFF, A.: *Carteggio*, recopilado por Alessandro Schiavi, a cargo de Franco Pedone, 6 vols., Turín, Einaudi, 1977, y DALL'OSSO, C.: *Amore e socialismo. Un carteggio inedito*, Milán, La Nuova Italia, 2001. Véanse, además, Anna Kuliscioff e l'età del riformismo. *Atti del Convegno di Milano (diciembre 1976)*, Roma, Mondo Operaio-Edizioni Avanti!, 1978; DAMIANI, F., y RODRÍGUEZ, F. (coords.): *Anna Kuliscioff. Immagini, scritti, testimonianze*, Milán, Feltrinelli, 1978; CASALINI, M.: *La signora del socialismo italiano. Vita di Anna Kuliscioff*, Roma, Editori Riuniti, 1987; ADDIS SABA, M.: *Anna Kuliscioff. Vita privata e passione politica*, Milán, Mondadori, 1993; ROVERI, A.: *Giovinanza e amori di Anna Kuliscioff*, Florencia, Firenze Atheneum, 1993.

³⁸ Cf. KULISCIOFF, A.: *Lettere d'amore a Andrea Costa (1880-1909)*, a cargo de Pietro Albonetti, Milán, Feltrinelli, 1976.

³⁹ Cf. BASSI ANGELINI, C.: *Amore e anarchia. Francesco Pezzi e Luisa Minguzzi, due ravennati nella seconda metà dell'Ottocento*, Rávena, Longo, 2004.

reorganización de la Sección Femenina de la Primera Internacional en Florencia. Francesco se convirtió muy pronto en un destacado militante de la organización. A partir de 1872 figuraban en los informes de la policía como los «cónyuges Pezzi», aunque no existe la certeza de si se trataba de una convivencia de hecho o si habían contraído matrimonio. En numerosas ocasiones ambos se declararon a favor de entablar vínculos sentimentales libres que, escribía Francesco, no debían existir «sobre las bases de un contrato como otro cualquiera, sino sólo sobre el amor verdadero», por lo que no era necesario que fueran «legalizados por un hombre cualquiera»⁴⁰. Intensamente dedicados a la actividad política, vivieron su relación de pareja y con su círculo de amistades en tal ósmosis que las tensiones políticas acabaron por reflejarse en sus relaciones afectivas y a la inversa.

Emblemática fue también la vicisitud del célebre «giro» de Andrea Costa en 1879, que incluso costó al socialista la ruptura de numerosas amistades. Los cónyuges Pezzi, aunque no compartieron el paso de Costa, se encontraron entre los pocos «amigos de la Romagna» que mantuvieron las buenas relaciones con el primate del socialismo italiano. Luisa delegó la respuesta de carácter político en Francesco, que escribió a Costa también en su nombre. Ella, en cambio, se apresuró a asegurar a Kuliscioff que su amistad, en cualquier caso, no se había resentido:

«Me parece sorprendente —le escribió— cómo puedes dudar de la confianza que me inspiras; cree, Anna mía, (...) que incluso aun cuando nuestras ideas no estuvieran completamente de acuerdo, siempre serás la amiga más querida»⁴¹.

Varias veces arrestados, procesados y condenados, en diciembre de 1884 Francesco y Luisa eligieron el camino del exilio y embarcaron hacia Buenos Aires junto a otros militantes anarquistas como Errico Malatesta. Luisa tenía treinta y tres años, Malatesta, treinta y dos, y ya por aquel entonces gozaba de una sólida fama de indómito revolucionario que le confería un extraordinario poder de fascinación⁴². Entre

⁴⁰ *Ibid.*, p. 37.

⁴¹ *Ibid.*, p. 79.

⁴² Sobre Malatesta, véase la documentada biografía de BERTI, G.: *Errico Malatesta e il movimento anarchico e internazionale, 1872-1932*, Milán, FrancoAngeli, 2003.

los dos surgió el amor. Quizás, como sostiene Claudia Bassi Angelini, Errico intentó convencer a Luisa de reeditar el *ménage a trois* que había mantenido en Londres con los cónyuges Defendi (un *ménage* que se prolongó durante treinta años y del que Emilia Trunzio Defendi tuvo, al menos, dos hijos). Pero Francesco, a pesar de las teorías sobre el amor libre en las que afirmaba creer, no aceptó la situación. Conservó una relación de amistad con Luisa, pero rompió definitivamente con Malatesta y no compartió sus opciones políticas, especialmente la deriva «insurreccional» adoptada por el movimiento anarquista, que se materializaría poco después en una oleada de atentados terroristas.

En 1892, Luisa, tras cortar la relación con Malatesta, volvió a vivir en Florencia al lado de Francesco. Reconstruyeron una relación de afecto y de recíproca solidaridad, pero mantuvieron las divergencias políticas que habían surgido años atrás: él se mantuvo fiel a los planteamientos legalistas, ella adoptó posiciones más radicales. Juntos, sin embargo, hubieron de afrontar nuevos procesos y otras condenas.

Política y salón

Cambiemos de escenario y dediquemos algunas breves consideraciones a una pareja de orientación ideológica y cultural completamente distinta: Emilia Toscanelli y Ubaldino Peruzzi. Al igual que en los anteriores, también en este caso la esfera pública se mezcló íntimamente con la privada, condicionando la vida de Ubaldino, que desempeñó importantes cargos tanto a nivel local como en el gobierno nacional, y la de Emilia, que fue la animadora de uno de los salones italianos más activos de la segunda mitad del siglo XIX. Emilia acabó siendo, como dedujo su nieta de la lectura de su diario, «más que fiel compañera del marido o su brazo derecho (...) su consejera y su inspiración»⁴³.

Nacida en 1826 y formada en el salón familiar de Pisa, en aquel palacio Toscanelli punto de encuentro habitual de profesores e intelectuales próximos a la universidad, creció asimilando los ideales políticos liberal-moderados y los cánones de comportamiento más conservadores y tradicionales desde el punto de vista de la moral y las

⁴³ TOSCANELLI PERUZZI, E.: *Vita di me. Raccolta dalla nipote Angiolina Toscanelli Altoviti Avila*, edición a cargo de Mario Puccioni, Florencia, Vallecchi, 1934, p. 18.

costumbres⁴⁴. «La condición de esposa y de madre —anotó en su diario— abarca casi todas las virtudes femeninas; sólo entonces la mujer tiene una representación de la sociedad, y sólo entonces puede decirse que ha completado su misión»⁴⁵. Poco después esbozaba una suerte de autorretrato juvenil en el que ya se perfilaban los rasgos definitorios del modo de ser y de actuar que la harían famosa en su madurez:

«Soy amable con todos, más por instinto que por naturaleza. Intento ser constante en sumo grado. Observo los caracteres y tomo nota de los sentimientos y pensamientos de todos aquellos con los que converso.

Generalmente callo mis observaciones y, si las cuento, las cuento a pocos. Me sentiría inclinada a satirizar y me gustaría ser ingeniosa, pero no podría si para ello debiera serlo a expensas de otros. Aprecio a algunos, estimo a pocos y amo a poquísimos»⁴⁶.

Finalmente, siempre en las páginas del diario de sus años adolescentes, ponía de manifiesto el apego hacia su familia y confesaba cierta aversión al matrimonio:

«Siempre he oído decir que todas las jóvenes desean marido y se sienten corroídas por el despecho si no lo encuentran. Ya que todos lo dicen, preciso creer que es verdad, pero, si quiero dar cuenta de mis propios sentimientos, me declaro excepción a esta regla. Muchas razones me llevan a ello: la seguridad de que va al encuentro de muchos sufrimientos y dolores; la convicción de que nunca se es más feliz que cuando se es niña y el vivísimo deseo de continuar el mayor tiempo posible en el estado en que tan bien me encuentro ahora»⁴⁷.

⁴⁴ Sobre su formación, cf. MENCONI, S.: «*Femmes de cabinet et de ménage*. L'educazione domestica in una nobile famiglia di Pisa nell'Ottocento», en FASANO GUARINI, E.; GALOPPINI, A. M., y PERETTI, A. (coords.): *Fuori dall'ombra. Studi di storia delle donne nella provincia di Pisa*, Pisa, Plus, 2006, pp. 133-155. Sobre la trayectoria de la familia, especialmente desde un punto de vista económico y patrimonial, cf. BARSANTI, D.: *I Toscanelli di Pisa. Una famiglia nell'Italia dell'Ottocento*, Pisa, Plus, 2005. Sobre Emilia cf., además, CUCCOLI, M. P.: «Emilia Toscanelli Peruzzi», *Rassegna storica toscana*, 12-2 (1966), pp. 187-211; FORTUNATO DE LISLE, L. M.: *The Circle of the Pear: Emilia Toscanelli Peruzzi and her Salon. Political and Cultural Reflections, Issues and Exchange of Ideas in the New Italy, 1860-1880*, tesis doctoral, Boston College, 1988, y ROGARI, U.: *Due regine dei salotti nella Firenze capitale. Emilia Peruzzi e Maria Rattazzi fra politica, cultura e mondanità*, Florencia, Sandron, 1992.

⁴⁵ TOSCANELLI PERUZZI, E.: *Vita di me...*, op. cit., p. 113.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 114.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 115.

En realidad, también para Emilia pronto llegó el tiempo del amor, surgido de improviso, como un flechazo, cuando conoció a Ubaldino, en 1849, en el salón de Carlotta Torrigiani Marchesini. Desde el principio, el amor tuvo un componente político y patriota: lo que despertó su atracción por Ubaldino, en aquellas fechas gonfaloniero de Florencia, fue la energía con la que defendió la idea de exponer en la basílica de la Santa Croce las tablas de bronce con los nombres de los caídos en Montanara. Por otra parte, sus dos hermanos, Giuseppe y Domenico Toscanelli, se habían alistado como voluntarios en el Batallón universitario de Pisa, que había combatido en la primera guerra de la independencia. Giuseppe participó después en la defensa de Venecia contra el ejército austriaco. Emilia también había tomado partido y, desde entonces, la pasión patriótica nunca la abandonó.

Emilia e Ubaldino se casaron en septiembre de 1850 y su matrimonio, como ha observado una estudiosa, fue bastante satisfactorio en muchos aspectos:

«Satisfizo plenamente a los esposos desde el punto de vista afectivo, contribuyó en buena medida al saneamiento de la desastrosa situación patrimonial de los Peruzzi, gracias a la cuantiosa dote de la esposa, pero, sobre todo, permitió a los Toscanelli el acceso al prestigioso patriciado florentino, en cuyas redes intentaban integrarse desde hacía ya tiempo»⁴⁸.

En su diario, Emilia a menudo describe a su marido con gran admiración, casi como un héroe romántico, y no por azar imaginó que en el futuro también se abrirían las puertas de la Santa Croce para él. «Todas las virtudes se hallan reunidas en él —anotó el 17 abril de 1851—. Esta mañana en Santa Croce, mirando los monumentos y luego leyendo las inscripciones, se me han llenado los ojos de lágrimas. Pienso que un día también mi Ubaldino tendrá la suya. Ah, ¿por qué no podremos morir juntos? Pero tal vez no estarán unidas nuestras almas, no se reencontrarán en el Cielo»⁴⁹. A pesar de que años atrás había establecido una clara división entre sus funciones y las de su marido, y una separación igualmente rígida entre la esfera de su intimidad y la de la actividad política («A usted, la parte

⁴⁸ MENCONI, S.: «La moglie del prefetto e la moglie del ministro: Elisa ed Emilia Toscanelli», en PORCIANI, I. (ed.): *Famiglia e nazione...*, op. cit., p. 142.

⁴⁹ TOSCANELLI PERUZZI, E.: *Vita di me...*, op. cit., p. 453.

espléndida de la vida, las pasiones tempestuosas, los honores y los desengaños de la vida pública —había escrito a Ubaldino el 28 junio de 1850—, a nosotros, las tiernas expansiones del cariño, las atenciones a la persona amada, los delicados pensamientos del corazón»⁵⁰, no tardó en asumir un papel político no enteramente subalterno. Con un punto de orgullo, el 30 de enero de 1851 escribió en su diario: «Han confeccionado una *lista política* de las señoras florentinas por su conducta hacia los austriacos. Las *purissime*, esto es, aquellas que no van a ningún lugar donde se encuentren austriacos, son seis y yo estoy entre las elegidas»⁵¹.

A partir de ese momento y hasta la muerte de Ubaldino, en 1891, Emilia siempre estaría al lado de su marido, «metida en la política hasta el cuello», como la describió Carlo Tenca en una carta a la condesa Maffei fechada en 1867⁵². Y aun cuando no la hubiera compartido, habría defendido cualquier decisión, al menos públicamente, de los Peruzzi, como aquella que llevó al líder de la «*consorteria*» toscana, el 18 de marzo de 1876, a rebelarse contra el gobierno Minghetti provocando la derrota de la Derecha. Y en esa ocasión no dudó en romper una antigua amistad, como la que mantenía con Ruggero Bonghi, precisamente por sus críticas contra Peruzzi y los moderados toscanos. De la misma manera, dos años después cortó la intensa relación de amistad con Sidney Sonnino, iniciada en 1872 y atestiguada por las cerca de 160 cartas que le envió en un corto espacio de tiempo el joven dirigente político, tras la campaña de acusaciones contra la mala gestión del Ayuntamiento de Florencia desplegada desde las páginas de *Rassegna settimanale*⁵³.

Emilia se convirtió en una valiosa consejera de su marido, pero, gracias a su famoso salón de los Borgo de' Greci y a la densa trama de relaciones que logró tejer, desarrolló un papel político absolutamente autónomo: animó y orientó las candidaturas a diputado, mantuvo con-

⁵⁰ La carta se cita en MENCONI, S.: «La moglie del prefetto...», *op. cit.*, p. 144.

⁵¹ TOSCANELLI PERUZZI, E.: *Vita di me...*, *op. cit.*, pp. 452-453.

⁵² La cita procede de SOLDANI, S.: «Emilia Toscanelli Peruzzi, o la passione della politica», prefacio a DE AMICIS, E.: *Un salotto fiorentino del secolo scorso*, edición de Elisabetta Benucci, Pisa, Ets, 2002 (edición original: Florencia, Barbèra, 1902), p. 17.

⁵³ Cf. CARLUCCI, P.: «Un'amicizia controversa: Sidney Sonnino ed Emilia Peruzzi (1872-1878)», en BAGNOLI, P. (coord.): *Ubaldino Peruzzi, un protagonista di Firenze capitale. Atti del convegno de Florencia (24-26 de enero de 1992)*, Florencia, Festina Lente, 1994, pp. 161-177.

tactos con notables y *politicians* de diversos colegios electorales no sólo toscanos, solicitó la presentación de proyectos de ley y escribió innumerables cartas de recomendación venciendo, incluso, ciertos escrúpulos de Ubaldino⁵⁴. En mayo de 1865, por ejemplo, Pasquale Villari, que le solicitaba se interesase por su elección como diputado, le escribió: «El colegio en que tengo alguna probabilidad es el de Minervino (Secciones Minervino, Canosa, Spinazzola, Ruvo), cerca de Bari. Se lo he comunicado a Spaventa y si puede llamar la atención de los amigos y, especialmente, si puede influir sobre Massari, creo que sería la mejor opción»⁵⁵. Dos años más tarde, Villari remitió a Emilia Peruzzi, para una primera lectura, el programa que había preparado para los electores del colegio de Melfi. «No sin un púdico rubor virginal —le escribiera— le envío mi programa, que parece escrito por un charlatán descarado; le ruego con toda el alma que no lo dé a leer a nadie. Usted sabe como escribo y con qué sugerencias puede juzgarlo»⁵⁶.

Asimismo, la hermana de Emilia, Elisa Toscanelli, tuvo salones muy frecuentados en Siena y en Pavía, donde el marido, el conde pisanó Francesco Finocchietti, desempeñó el cargo de prefecto desde 1859, antes de ser nombrado senador en 1868⁵⁷. Obviamente, en su brillante carrera en los empleos públicos jugó un papel notable su cuñado, aunque tampoco fueron ajenos al empeño de Elisa, que supo utilizar el salón para acreditar a su marido en los círculos nobiliarios de la ciudad en la que Finocchietti iba a desempeñar sus funciones. Los casos de Emilia y de Elisa Toscanelli confirman el distinto papel que tuvo el salón en Italia respecto al francés, tal como lo describió Maurice Agulhon: no era alternativo al círculo, sino complementario, se trataba de un lugar donde se debatía sobre política, se formaban candidaturas a diputado, se construían estrategias electorales e, incluso, se proyectaban reformas y nuevas leyes⁵⁸.

⁵⁴ Sobre el papel del «clan» Peruzzi, cf. ANDREUCCI, F.: «*Vorrei procacciarmi un'occupazione proficua*. Nemesio Fatichi e il clan Peruzzi fra clientelismo, raccomandazioni, politica», en BAGNOLI, P. (coord.): *Ubaldino Peruzzi...*, op. cit., pp. 145-154.

⁵⁵ La carta se cita en CECCUTI, C.: «Il salotto di Emilia Peruzzi», en BAGNOLI, P. (coord.): *Ubaldino Peruzzi...*, op. cit., p. 26.

⁵⁶ CECCUTI, C.: «Il salotto...», op. cit., p. 28. Cf., también, CICALÈSE, M. L.: «Pasqualino Villari nel salotto di Emilia Peruzzi», en BETRI, M. L., y BRAMBILLA, E. (coords.): *Salotti e ruolo femminile in Italia tra fine Seicento e primo Novecento*, Venezia, Marsilio, 2004, pp. 407-427.

⁵⁷ Cf. MENCONI, S.: «La moglie del prefetto...», op. cit., pp. 145 y ss.

⁵⁸ Cf. MORI, M. T.: *Salotti. La sociabilità delle élite nell'Italia dell'Ottocento*,

Algunas observaciones finales

Resulta difícil —y metodológicamente poco oportuno— proponer paradigmas interpretativos a partir del análisis y la reconstrucción de algunos casos particulares. Considero que en este ámbito de análisis, y dado el carácter pionero de los estudios, la primera tarea del historiador debe consistir en una aproximación prosopográfica y en el desarrollo de investigaciones sobre un número mucho mayor de trayectorias personales. Los diarios y las fuentes epistolares relativas a la vida privada, comparadas con la documentación correspondiente a la actividad política, pueden ofrecer materiales de extraordinario interés para verificar de qué manera se modificaron las relaciones entre la esfera pública y la esfera privada en la segunda mitad del siglo XIX.

A partir de los casos analizados puede deducirse que en las parejas «de izquierda» (democráticas, socialistas, anarquistas), las mujeres desarrollaron un papel político más evidente y acusado. Emilia Peruzzi leía y criticaba los discursos de su marido, tal como hacía Jessie White con Alberto Mario y, con mayor motivo, Anna Kuliscioff con Filippo Turati y Gisela Michels con su marido Roberto. Pero Emilia no fue un caso aislado en el mundo liberal-moderado. Sin embargo, no reivindicó para sí un papel militante y abiertamente público, sino que se limitó a ejercer como inspiradora y consejera, habilísima animadora de la vida de salón.

Paradigmática resulta la comparación entre Emilia Peruzzi y Anna Kuliscioff, que no sólo tuvieron una vida política absolutamente autónoma respecto a sus parejas (que, por otro lado, fueron los dos mayores exponentes del socialismo italiano entre el siglo XIX y el XX), sino que concibieron la relación con ellos, y especialmente con Filippo Turati, como momento de auténtico y profundo compartir de ideales y proyectos políticos comunes. El fruto, quizás, más relevante de su asociación afectiva fue la revista *Critica sociale*, que Turati definía como «nuestra hija» y en cuya redacción Kuliscioff colaboró durante toda su vida⁵⁹.

Roma, Carocci, 2000, y BETRI, M. L., y BRAMBILLA, E. (coords.): *Salotti e ruolo femminile...*, op. cit. Véase, principalmente, AGULHON, M.: *Le cercle dans la France bourgeoise, 1810-1848. Étude d'une mutation de sociabilité*, París, Colin, 1977.

⁵⁹ Cf. PUNZO, M.: «Il "salotto" di Anna Kuliscioff», en BETRI, M. L., y BRAMBILLA, E. (coords.): *Salotti e ruolo femminile...*, op. cit., pp. 435-437.

Pueden extraerse algunas reflexiones de interés sobre la evolución de la relación entre amor conyugal, redes de amistad y vida política a partir de un análisis sobre la evolución del espacio que, en la Italia del siglo XIX, fue el núcleo vital de aquella relación: me refiero al salón, que durante largo tiempo, como se ha mencionado, fue también el escenario en que se desarrolló una intensa actividad política. Los numerosos estudios realizados en Italia durante los últimos años han mostrado que la relación salón-política tuvo dos importantes puntos de inflexión: la revolución de 1848 y el logro de la Unidad italiana en 1861. Si antes de 1848 muchos salones se habían caracterizado por una acusada orientación liberal avanzada y no desdeñaban abrir sus puertas incluso al radicalismo y al mazzinismo, en los años siguientes la mayoría de los salones se inclinó hacia el liberalismo moderado. Esta tendencia se acentuó a partir de 1860 y en varias ciudades italianas se convirtieron en espacios de encuentro de concretos grupos parlamentarios, en general de orientación moderada y conservadora. Grandes protagonistas de estos salones fueron las mujeres de los ministros y de los parlamentarios, cuya habilidad en el arte de recibir era muy apreciada y se consideraba como requisito imprescindible para la compañera idónea de un hombre en su carrera política. Hasta el punto de que, en ocasiones, no se dudaba en atribuir la falta de éxito de alguna personalidad política a la inadecuación de su consorte y a su incapacidad para tejer una red de relaciones mediante una atractiva vida social.

Conforme a este perfil, por tanto, el de Emilia Peruzzi no fue un caso aislado. No fue ajeno a los éxitos académicos y políticos de su marido, el ilustre jurista y ministro Pasquale Stanislao Manzini, el hecho de que, en las diversas ciudades en las que vivió, la casa de Laura Beatrice Oliva siempre estuviera generosamente abierta. Idéntica afirmación puede hacerse con respecto a Laura Acton y al importante papel que desempeñó en la brillante carrera política de su marido, Marco Minghetti, varias veces ministro y presidente del Consejo entre 1848 y 1876. Un interés por la política que, por lo demás, mantuvo tras la muerte de Minghetti, en 1886, hasta el punto de que su salón siguió frecuentado por ministros y diplomáticos⁶⁰.

Otro dato que puede deducirse con claridad de las páginas precedentes es que a través de la relación sentimental o de amistad con las

⁶⁰ Cf. MORI, M. T.: *Salotti...*, *op. cit.*, p. 118.

primeras exponentes del movimiento para la emancipación de la mujer, sus compañeros adquirieron una sensibilidad hacia la cuestión femenina que conservaron a lo largo de los años siguientes. Pero también se observan algunas excepciones significativas, entre las que sobresalen las de Andrea Costa y Francesco Pezzi, incapaces ambos de aplicar en la esfera privada las teorías que difundían públicamente respecto a la autonomía de la mujer o sobre el amor libre y la necesidad de superar los vínculos de pareja.

Por otro lado, parece que la relación afectiva y la convivencia con mujeres extranjeras se convirtió en un eficaz instrumento para penetrar con mayor profundidad en la cultura del país y para asimilar principios, valores y tradiciones. El pensamiento político de Alberto Mario y de Aurelio Saffi se vio extraordinariamente influido por los conocimientos y experiencias proporcionados por Jessie White y Giorgina Craufurd. Y no por casualidad, en una izquierda italiana que en el siglo XIX miraba sobre todo hacia Francia y Alemania, Mario y Saffi se encontraron entre los pocos dirigentes que intentaron introducir en Italia elementos de la tradición liberaldemocrática y del pragmatismo político inglés.

En todo caso, fue precisamente en los salones de las señoras extranjeras donde comenzó a debatirse con intensidad sobre la paridad y la emancipación femenina y donde, además, se pusieron en práctica opciones de vida y comportamientos alternativos respecto al *cliché* tradicional asignado convencionalmente a las mujeres (el buen matrimonio, la educación de los hijos, la actividad social puesta al servicio de la carrera del marido). Por citar un ejemplo, en la Florencia de la segunda mitad del siglo XIX suscitó no poco escándalo la escritora alemana Ludmilla Assing, que, separada de su marido, convivía con Andrea Giannelli, discípulo de Mazzini y líder del republicanismo intransigente, con quien tuvo un hijo fuera de cualquier vínculo institucionalizado. Assing, que mantuvo también una estrecha amistad con Manzini, convirtió su casa florentina en lugar de reunión de intelectuales y políticos, entre los que cabe citar al revolucionario ruso Michail Bakunin. Su salón fue frecuentado, asimismo, por un joven escritor siciliano que con el paso de los años pasaría a ser uno de los grandes protagonistas de la literatura italiana entre el siglo XIX y el XX, Giovanni Verga, que ratificó el carácter culto y comprometido de aquel espacio, donde no se hacía «otra cosa que debatir sobre literatura y política». Incluso una mujer transgresora y despreocupada de

las convenciones como Ludmilla Assing gustaba de entretener a sus invitados respetando las reglas codificadas de la vida de salón y de la buena sociedad. Los encuentros, en los que participaba una restringida elite, se celebraban en un «salón muy bonito», como recuerda Giovanni Verga, en el que se ofrecía un «recibimiento distinguidísimo, con refrescos servidos cada media hora»⁶¹.

Por último, puede afirmarse con certeza que en todos los casos examinados, amor, amistad y política aparecen estrechamente interconectados y recíprocamente condicionados. Rompieron y en ocasiones subvirtieron las jerarquías de género basadas en la tradicional supremacía masculina demostrando que, cuando la esfera de los sentimientos penetra en la de la política, se configuran nuevos esquemas de comportamiento, se modifican los papeles dentro de la pareja y se adoptan opciones de vida pública y privada diferentes.

Traducido por Ángeles González (Universidad de Sevilla).

⁶¹ Remito a las citas de MORI, M. T.: *Salotti...*, *op. cit.*, pp. 114-115. Entre los escritos de Ludmilla Assing sobre la cuestión femenina puede consultarse, por ejemplo: ASSING, L.: *La posizione sociale della donna*, Milán, Tipografia e Libreria di Giuseppe Chiusi, 1866. Sobre su figura puede verse el ajustado perfil que se traza en CASALENA, M.: «Ludmilla Assing. Storia e politica in una donna dell'Ottocento», *Pasato e presente*, 56 (2002), pp. 57-84.